

La dinámica de la economía norteamericana durante los años '90: inestabilidad financiera, crisis y guerra contra Irak

Nacho Álvarez Peralta*

Si bien, es cierto que la mayor parte de la población del planeta que se ha moviliado en contra de la reciente guerra contra Irak, ha situado en el plano económico las causas explicativas de esa guerra. Pareciera que dicha visión no hubiese conseguido penetrar en el mundo de los economistas. La importancia, que para el exámen y comprensión de las causas explicativas del reciente conflicto tiene la dimensión económica es crucial. Las siguientes líneas deben entenderse por tanto como un intento de aportación en ese sentido.

Pero esa aportación trataremos de hacerla desde el reconocimiento de que las causas que explican la guerra de ocupación contra Irak se entretajan en un todo sistémico en el que lo político es difícil de separar de lo jurídico, así como de lo económico y de lo geoestratégico. En el crisol explicativo del conflicto se sitúan factores de diversa índole, y en diferente nivel de importancia, que coadyuvan a dar cuerpo al elemento hegemónico en el plano de la economía mundial. No obstante, y (en la medida en que toda hegemonía política y militar históricamente ha sido construida sobre los cimientos de la correspondiente hegemonía económica (y cuando no ha sido así no han perdurado)), nos centraremos en el análisis económico.

Dejando de lado las interesadas y bochornosas explicaciones esgrimidas por las potencias ocupantes para justificar mediáticamente su agresión militar contra

* Licenciado en Economía por la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid, en la especialidad de *Economía Internacional y Desarrollo*. Actualmente es profesor de Economía en el Instituto Federica Montseny (Madrid).

Irak,¹ cuando uno se interroga acerca de los factores explicativos que se encuentran detrás de la guerra, y revisa la bibliografía al respecto, puede identificar dos grandes adscripciones analíticas: la de aquellos autores que entienden que las claves explicativas de la guerra deben buscarse en el plano regional, y la de aquellos otros analistas que piensan sin embargo que la guerra no ha sido otra cosa que “el telón de fondo” sobre el que se ha librado una soterrada batalla entre EE.UU. y Europa por la hegemonía económica en el ámbito mundial. Sin embargo, la posición que aquí se mantiene, y no precisamente con vocación de eclecticismo, es la de que existe una clarísima interrelación teórica entre los dos grupos de argumentos analíticos señalados: el control y mantenimiento de la hegemonía económica mundial, no se puede llevar a cabo sin un cuidadoso apuntalamiento de los instrumentos particulares de dominación propios de toda hegemonía regional.

De esta manera, si bien debe reconocerse que durante toda la década de los años noventa, la lógica del conflicto con Irak ha respondido en gran medida (aunque desde luego no de forma íntegra) al necesario control de una potencia emergente hostil en una zona geoestratégica para los intereses norteamericanos. Tanto el guión como el calendario bélico posteriores han sido gestionados por EE.UU. de forma estrechamente vinculada con toda una serie de factores relacionados directamente con el despliegue de su hegemonía económica mundial, y de su particular “carrera”, codo a codo con Europa, por la conservación de dicha hegemonía.

Desde el punto de vista económico, existen al menos cinco grandes razones en el crisol de causas explicativas de la guerra contra Irak. Causas todas ellas que desde luego ya están colaborando, y lo harán aún más en el futuro inmediato, a apuntalar la hegemonía económica norteamericana a escala mundial.

✓ La primera de dichas causas es la que de forma más generalizada se ha señalado: el aseguramiento del acceso al petróleo como materia prima fundamental. EE.UU. tiene sólo el 2,9% de las reservas mundiales de petróleo, genera el 9,8% de la producción mundial, y consume el 26% de dicha producción mundial.² Se espera que, al ritmo de la producción del año 2001, las reservas mundiales de petróleo se agoten en cuarenta años. Lógicamente, el control geoestratégico de la que hoy por hoy es la principal materia prima industrial, resulta imprescindible para determinar la hegemonía económica mundial.

✓ En segundo lugar, la necesidad de promover la privatización y desreglamentación económica de la zona, reestructurando los marcos de valorización del capi-

1. El propio Vicesecretario de Defensa estadounidense, Paul Wolfowitz, según informaron los diarios alemanes *Der Tagesspiegel* y *Die Welt* del día 04/06/2003, al ser preguntado por periodistas, durante la cumbre Seguridad llevada a cabo en Singapur entre el 30 de Mayo y el 1 de Junio de 2003, por qué se dio un tratamiento distinto al tema de las armas de destrucción masiva iraquíes en relación con el armamento de nuclear de Corea del Norte, respondía “Vamos a expresarlo de forma sencilla. La principal diferencia entre Corea del Norte e Irak es que económicamente no teníamos otra elección en Irak. El país nada en un mar de petróleo”.

2. *Statistical Review of World Energy*, British Petroleum, 2002.

tal transnacional y fomentando una inserción crecientemente subordinada de Oriente Próximo en la economía mundial, se presenta como una razón de peso para explicar la guerra. El papel de arrastre, que debería jugar Irak en todo ese proceso, es indudable. Así, algunos autores han llegado incluso a hablar de “privatización guiada por láser” en referencia a este proceso: si los organismos financieros internacionales –Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial– carecen de los instrumentos habituales (condicionalidad ante los créditos concedidos) para garantizar el tránsito de una economía nacional (o toda una región del planeta) a las condiciones de rentabilidad exigidas por los inversores internacionales, dicho tránsito deberá forzarse por otros agentes y por la vía militar.

✓ En tercer lugar, el reforzamiento del papel económico que juegan los gastos militares en el seno de las economías capitalistas debe ser analizado como un factor igualmente trascendental. Este papel económico debe ser abordado desde una doble perspectiva: primero, el gasto militar es un gasto que toma la forma de significativos contratos públicos y pedidos de la administración a las empresas del sector militar-industrial, por lo que debe ser entendido como una medida de política fiscal anticíclica típicamente keynesiana, con una gran capacidad eso sí para generar efectos de “arrastre” en la economía y de relanzar el crecimiento económico y la innovación tecnológica. Pero, en segundo lugar y a otro nivel analítico, el sector armamentístico tiene un papel económico aún más significativo: es el papel que presenta como continuo mecanismo destructor de fuerzas productivas (debido tanto al propio uso de las mercancías producidas en dicho sector, como a su obsolescencia). Según este razonamiento, el sector armamentístico cumple el mismo papel que las crisis en el seno de la acumulación de capital: “sanea” temporalmente la economía (precisamente por esa destrucción que hace de fuerzas productivas) de una de sus principales contradicciones en el seno del capitalismo, como es la sobreinversión empresarial.

✓ En cuarto lugar, la intervención militar debe entenderse también como un intento de drástica solución al principal problema que presenta Israel, aliado fundamental de EE.UU. en la región: el alzamiento, continuidad e imposibilidad de control sobre la Intifada palestina. La imposición de la llamada “Hoja de Ruta” tras la guerra, da buena muestra de la coordinación que EE.UU. e Israel precisaban entre garantizar una posición de fuerza en el contexto de Oriente Próximo (conseguida tras la guerra), y llevar a cabo la liquidación de aquellas posiciones palestinas abiertamente hostiles y combativas con la lógica sionista.

✓ Existe, no obstante, una última causa explicativa que, desde el ámbito económico, presenta una especial importancia para entender tanto la guerra librada contra Irak, como la posterior ocupación del país y establecimiento de un régimen político directamente administrado según patrones coloniales: la evolución de los mercados financieros internacionales.

— No ha sido escasa la bibliografía que, especialmente en Internet, ha planteado recientemente el vínculo teórico entre la guerra y la disputa soterrada mantenida por el dólar y el euro en los mercados de divisas internacionales, entendiéndose en este caso la guerra como consecuencia de la intervención norteamericana pa-

ra defender, apoyar y relanzar su moneda en el plano de la economía mundial. Desarrollaremos a continuación dicho debate, pero no sin antes advertir de un par de matices al respecto.

En primer lugar, conviene matizar la gran “prepotencia causal” con la que los defensores de esta hipótesis han abordado el debate de la guerra, presentándola casi como la causa escondida, única y exclusiva de dicha guerra. En efecto, esta hipótesis de los mercados financieros es un factor explicativo de suma importancia para entender e ilustrar el despliegue particular y concreto con el que la economía norteamericana trata de mantener su hegemonía mundial. Sin duda, parece haber resultado un elemento determinante también en la fijación del *tempo* bélico. Pero no es, desde luego, la pretendida única y verdadera causa que algunos analistas han llegado a señalar.

No obstante, y dada la gran importancia objetiva que parece haber tenido en cuanto a fuerza explicativa de la guerra, en cuanto a la fijación del momento y del ritmo de la misma, así como en cuanto a lo particularmente “novedoso” del mecanismo imperial desplegado en esta ocasión, le dedicaremos una especial atención en nuestro análisis.

Y aquí es donde llega el segundo matiz en relación con esta hipótesis causal: las variables económicas que se ponen en juego en el argumento que desarrollamos a continuación, no se limitan a las que hasta ahora se han señalado en el mencionado debate (básicamente déficit comercial y endeudamiento financiero), sino que van más allá como veremos a continuación, abarcando, además de las variables señaladas, todo un conjunto de variables relacionadas (crecimiento económico, política comercial, política cambiaria y monetaria, y política laboral).

EE.UU. y los mercados financieros internacionales

Para abordar con propiedad el debate relativo al papel que han jugado los mercados financieros internacionales en el desarrollo de la guerra contra Irak, resulta imprescindible hacer referencia al proceso de financiarización de la economía mundial.

Dicho proceso se expresará en toda su dimensión a partir de los años ‘70, momento en el que la onda recesiva del ciclo de acumulación posbélico irrumpe en la economía mundial. La salida, en forma de ajuste estructural, que el propio capital da a esta crisis de rentabilidad, estará íntimamente conectada con la vuelta al poder económico del capital financiero frente al capital productivo.³

3. Véase: Arrizabalo, X. (ed.) : *Crisis y ajuste en la economía mundial*, Ed. Síntesis, Madrid, 1997, (caps. 1–3), así como Duménil, G. y Lévy, D.: “Salida de crisis, amenazas de crisis y nuevo capitalismo”, 2002, en Chesnais, F., Duménil, G., Lévy, D., Wallerstein, I.: *La globalización y sus crisis*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2002, p. 18.

De esta forma, durante los años ochenta se dismantelará el corsé que el periodo keynesiano había impuesto al capital financiero en las décadas anteriores, dándose de nuevo vía libre para que el capital prosiguiese con su histórica tendencia de "huida" desde las actividades productivas decrecientemente rentables (dada la lógica de la sobreinversión), hacia actividades crediticias y especulativas. De hecho, el ajuste económico impuesto a escala mundial presenta un indudable sesgo hacia el capital financiero en sus intentos por recuperar la tasa de beneficio, cosa que se consigue (las tasas de beneficio del sector financiero en la OCDE pasar a ser un 4-5% superiores a las del sector no financiero⁴).

Paralelo a este proceso de financiarización se produce una creciente competencia comercial, es decir, una creciente rivalidad interimperialista, de Europa y Japón frente a los EE.UU. tras la recuperación posbélica. Esta creciente competencia interimperialista, explicada en gran medida por el mayor ritmo de crecimiento que en Europa y Japón tiene la productividad del trabajo y del capital (fruto de la destrucción de fuerzas productivas durante la II Guerra Mundial, así como del diferencial de sobreexplotación de la fuerza de trabajo), se traducirá finalmente en progresivos déficits comerciales de EE.UU. con dichos bloques económicos ya desde principios de los años '70.

De hecho, el déficit norteamericano de la balanza por cuenta corriente ha seguido creciendo para alcanzar la importantísima magnitud de un 5% del PIB en el año 2002. Lógicamente, cuando un país consume por encima de sus posibilidades (en el caso de EE.UU., el déficit de su balanza por cuenta corriente oscila actualmente en torno a los 500.000 millones de dólares⁵), precisa financiar dicho consumo endeudándose en los mercados internacionales de capitales.

4. Véase Duménil, G. y Lévy, D.: "Capital financiero y neoliberalismo: un análisis de clase", en Guerrero, D. (ed.), 2000: *Macroeconomía y crisis mundial*, Ed. Trotta, Madrid, 2000, así como Duménil, G. y Lévy, D.: "Salida de crisis, amenazas de crisis y nuevo capitalismo", 2002, en Chesnais, F., Duménil, G., Lévy, D., Wallerstein, I.: *La globalización y sus crisis*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2002, p. 18.

5. Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce, 2003.

Balanza de pagos de la economía usa 2001 y 2002 (saldos)
(en miles de millones de dólares corrientes)

	2001	2002
Cuenta corriente	- 393,371	- 503,427
Balanza comercial	- 427,165	- 484,353
Balanza de servicios	68,875	48,811
Balanza de rentas	14,382	-11,862
Transferencias corrientes	- 49,463	- 56,023
Cuenta de capital	826	708
Cuenta financiera	381,844	474,195
Inversiones en el exterior	-370,962	-156,169
-Directas	-127,840	-123,528
-Resto	-243,122	- 32,641
Inversiones del exterior en USA	752,806	630,364
-Directas	130,796	30,114
-Resto	622,01	600,25
Reservas	-4,911	-3,681
Errores y omisiones	10,701	28, 524

Fuente: Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce, 2003.

A partir de ahí, relacionaremos estas dos variables señaladas para la economía norteamericana (déficit de la balanza por cuenta corriente y endeudamiento exterior) con otras cuatro, de cara a tener una visión global del papel económico que la guerra ha jugado en el contexto de la economía mundial actual: política comercial, política cambiaria y monetaria, política laboral y, finalmente, crecimiento económico. Por último, la guerra, como última variable a considerar en este esquema, ocuparía un lugar de interrelación o “punto de confluencia” de todas ellas.

La financiación de semejantes déficits comerciales de la economía norteamericana durante los años ‘80 y ‘90, ha sido posible debido a la gran cantidad de capitales financieros que han acudido durante estas décadas a EE.UU. en busca de la correspondiente rentabilidad. De hecho, tal y como señala el profesor Enrique Palazuelos⁶, sólo entre 1982 y 1990, las importaciones netas de capital de los

6. Palazuelos, E.: *La globalización financiera*, Ed. Síntesis, Madrid, 1998, pp. 68–73.

EE.UU. ascendieron a 950.000 millones de dólares, para pasar a situarse dicha importación neta de capitales en 620.000 millones de dólares entre 1991 y 1996. Según el economista Frederic F. Clairmont, hoy día para hacer frente a ese déficit anual por cuenta corriente de 500.000 millones de dólares (que crece además a una preocupante tasa de un 10% anual) “es necesario tener entradas de por lo menos 2.000 millones de dólares por día hábil, lo que equivale al 76% del excedente de la balanza de transacciones corrientes del mundo. Esta situación es difícilmente sostenible, incluso a corto plazo”.⁷

Pero además (la ingente necesidad de financiación de la economía norteamericana no se circunscribe exclusivamente a sus necesidades comerciales, derivadas de la paulatina pérdida de competitividad de sus productos en los mercados internacionales, sino que la propia política armamentística de la administración Bush) ha hecho que el presupuesto (público) federal mostrase un déficit ya en el tercer trimestre de 2002 del 1,8% del PIB. De esta manera, Frederic F. Clairmont estima que “el incremento del déficit fiscal, combinado con el déficit de la cuenta corriente, hará crecer las necesidades de financiamiento para 2003 en por lo menos un 6% del PIB”.⁸

Así, (la economía norteamericana se ha convertido en la economía más endeudada del planeta en términos macroeconómicos, con un stock total de deuda que actualmente alcanza un tercio del PIB mundial) “El aumento del stock de la deuda [total] es impresionante: entre 1964 y 2002 pasó de 10 billones de dólares a 30 billones de dólares”. (Este endeudamiento se traslada igualmente al plano microeconómico de los hogares trabajadores) (la caída de la tasa de ahorro de las economías domésticas ha sido tal, que sobre la renta del ciudadano medio norteamericano el crédito ha pasado de representar el 26% de su ingreso en 1985, a representar el 40% en el año 2002). El endeudamiento global interno de los agentes de la economía norteamericana (incluyendo en este endeudamiento el del estado federal, el de los estados y las ciudades, el de los consumidores y el de las empresas) suponía en 1980 un 146% del PIB norteamericano; pues bien, dicho endeudamiento ascendía ya al 212% del PIB a comienzos de los años ‘90.¹⁰ Este endeudamiento global, como posteriormente se verá, será fundamental para poder explicar la secuencia de crecimiento y de acumulación de capital de la economía norteamericana durante la década de los ‘90.

Más de ese sobredimensionado endeudamiento total, resulta especialmente significativa la cifra del monto total de endeudamiento externo de la economía norteamericana: (entre 1982 y el año 2000 la deuda externa neta de los EE.UU. se ha multiplicado por ocho) al pasar de 250.000 millones de dólares a 2,5 billones de

7. Clairmont, F., “Una deuda que amenaza al imperio”, *Le Monde Diplomatique*, Abril 2003, Madrid, p. 14.

8. *Ibid*, p. 14.

9. *Ibid*, p. 14.

10. *Statistic Abstract of the United States*, 1994.

dólares (cifra superior a la suma de la deuda externa global de todos los países subdesarrollados del mundo).¹¹ En este momento esta deuda externa supone casi un tercio del PIB norteamericano, pero diferentes proyecciones, con arreglo al ritmo de crecimiento del déficit comercial de la economía norteamericana, establecen que dicho porcentaje podría llegar a equivaler al 50% del PIB en el año 2010, y llegar hasta el 100% en el 2020.

Así, “la economía de EE.UU. se ha convertido en un poderoso imán que atrae una ingente cantidad de capitales extranjeros, removiendo constantemente la estructura de los mercados financieros internacionales, aunque ello sea a costa de intensificar el grado de transnacionalización de sus activos internos y de profundizar el endeudamiento de sus empresas privadas y de sus instituciones públicas. Ello comporta un continuo deterioro de la posición financiera de la economía estadounidense frente al exterior”.¹²

En el siguiente cuadro podemos apreciar la posición financiera exterior de la economía norteamericana (no ya en términos de flujos, sino en términos de stock acumulado).

Posición financiera internacional de los EE.UU., 1976–2001
(miles de millones de dólares)

	1976	1980	1985	1990	1995	2000	2001
Activos de EE.UU. en el extranjero	456,9	929,8	1.287,4	2.176,9	3.451,9	6.191,9	6.191,1
Activos exteriores en EE.UU.	292,13	568,9	1.233,1	2.424,32	3.947,9	7.452,7	8.144,3
Posición financiera neta de los EE.UU.	164,8	360,8	54,3	-245,3	-495,9	-1.350,8	-1.948,13

Fuente: Federal Reserve, 2003.

Hasta la fecha, y durante las últimas décadas, EE.UU. ha tenido la posibilidad de asegurarse esta necesaria financiación exterior de la que venimos hablando, imprescindible tanto para financiar su déficit comercial, como para mantener su creciente nivel de endeudamiento global (variable clave como se verá en su se-

11. Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce, 2003.

12. Palazuelos, E.: *Estructura económica de Estados Unidos. Crecimiento económico y cambio estructural*, Ed. Síntesis, Madrid, 2000, p. 308.

cuencia de crecimiento económico durante los años '90). Y esta seguridad ha venido de la mano de tres instrumentos muy particulares:

El primero de ellos no sería tanto un instrumento propiamente dicho, cuanto la lógica contrapartida al propio déficit comercial mantenido por los EE.UU.: cuando una economía mantiene déficits comerciales es debido, necesariamente –tal y como plantea el propio Joseph E. Stiglitz¹³– a que otras economías presenten los correspondientes superávits comerciales. En este caso resulta obvio que el histórico déficit por cuenta corriente de la economía norteamericana (del 5% del PIB hoy día), se correlaciona con los superávits que han mantenido históricamente Japón y Alemania (superiores en ambos casos al 2% de sus respectivos PIB). De este modo, el superávit por cuenta corriente de estos países ha resultado en una tasa de ahorro nacional superior a sus tasas de inversión, y, por tanto, en una significativa capacidad de generar excedentes financieros, así como de exportar dichos capitales a los mercados internacionales. Serán precisamente estos excedentes financieros (es decir, este ahorro de Japón y Alemania) los que financien en gran medida el déficit comercial de los EE.UU. Así, Palazuelos plantea como, para el periodo de (1982 a 1990) “la aportación de recursos [a la economía norteamericana] provino de países exportadores de capital, con Japón (410.000 millones de dólares) y Alemania (260.000 millones) a la cabeza”.¹⁴

Con la llegada de la década de los '90 se mantiene en esencia este esquema financiero internacional, aunque con dos matices relevantes que harán que aumente la dependencia de la economía norteamericana respecto de los restantes mecanismos que a continuación abordamos para financiar el déficit comercial. Estos matices son, en primer lugar, el hecho de que el principal prestamista de la economía norteamericana –Japón– entra en una profunda recesión que, si bien no hace que caigan durante ese periodo las exportaciones de capitales a EE.UU. (480.000 millones de dólares de salidas netas entre 1990 y 1996), si que genera una considerable incertidumbre respecto del futuro de dichos flujos (en la medida en que Japón no parece conseguir salir de la difícil crisis económica por la que atraviesa). En segundo lugar, el segundo matiz vino dado por el proceso de unificación de Alemania, lo que supuso que Alemania, entre 1990 y 1996, dejase de ser exportadora neta de capitales, para pasar a tener una importación neta acumulada de 130.000 millones de dólares¹⁵ durante este periodo.

El segundo de estos mecanismos mediante los cuales los EE.UU. se han asegurado la necesaria financiación del exterior, ha sido el conocido “reciclaje de petrodólares”, que no es otra cosa que la continua colocación en Wall Street de los ingentes ingresos derivados de la venta del petróleo por parte de los países productores de crudo, en especial de aquellos agrupados en torno a la Organización

13. Véase Stiglitz, J.: *El malestar en la globalización*, Ed Taurus, Madrid, 2002, pp. 252–253.

14. Palazuelos, 1998, p. 72.

15. *Ibid*, p. 7.

de Países Productores de Petróleo (OPEP), y, muy en particular, de las llamadas petromonarquías del Golfo (Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Qatar...). Los sucesivos aumentos de los precios del petróleo por parte de la OPEP, en 1973 y 1979 respectivamente, fueron consentidos (incluso "animados", según numerosos autores) por EE.UU., siempre y cuando la renta "extra" que se derivara de la venta del crudo en los mercados internacionales tras esta subida de los precios fuese canalizada hacia Wall Street.

En efecto, estos aumentos de los precios del petróleo derivaron en la generación y acumulación de unas ingentes rentas petroleras que han sido rentabilizadas desde entonces en Wall Street, lo que ha colaborado a conseguir el necesario superávit en la balanza financiera norteamericana, pudiéndose financiar así el déficit comercial del país.

El tercer mecanismo económico, claramente interrelacionado con el anterior, que ha permitido mantener esa financiación exterior que necesitaba la economía norteamericana, ha sido el "subsidio gratuito" que el resto de la economía mundial viene otorgando a los EE.UU. desde principios de la década de los ochenta. ¿De dónde deriva y qué forma toma dicho subsidio gratuito? Pues, fundamentalmente, de la necesidad que todos los países tienen de mantener dólares como moneda de reserva, en gran medida debido a que es la dívida que la OPEP establece como preceptiva en el comercio de petróleo. Y será precisamente Arabia Saudí, el tradicional aliado estratégico de la potencia norteamericana, el agente garante de que el comercio de la OPEP se desarrollase en dólares.

El hecho de que el 80% de las transacciones diarias en los mercados internacionales de divisas se lleve a cabo en dólares aún, o el que dicha moneda constituya actualmente el 66% de las reservas de los Bancos Centrales del mundo, dan buena cuenta del papel hegemónico que sigue manteniendo el dólar.

EE.UU, a partir de esta hegemonía de su moneda, ha tenido la posibilidad de "imprimir" impunemente billetes verdes no respaldados por los fundamentos de la economía norteamericana sin que se desencadenase la consiguiente inflación interior (que era "exportada" en este caso), ni la lógica devaluación de la moneda en los mercados internacionales, sirviendo por tanto dichos dólares como medio de pago útil para la compra de bienes y servicios extranjeros. Así, este mecanismo ha permitido a la economía norteamericana, al margen de los capitales foráneos llegados al país, financiar sus importaciones ventajosamente.

Además resulta importante la interacción que resulta de estos dos últimos mecanismos, que en la realidad operan completamente solapados, pero que aquí separamos por motivos didácticos y expositivos. De esta forma, el hecho de que el dólar sea la moneda de reserva en los mercados internacionales (en gran medida debido a que el petróleo se compra en dólares) tiene una clara relación con que el reciclaje de petrodólares se lleve a cabo preferentemente en Wall Street, frente a las plazas europeas o japonesas.

En estos dos últimos mecanismos de financiación exterior, tenemos, sin duda, un singular denominador común: el uso que se hace de la renta derivada de la venta del crudo y, en particular, el hecho de que el petróleo se venda en dólares. Es por

ello que un cambio a nivel mundial en la moneda de reserva de los mercados internacionales, no estaba desde luego en la agenda política de la administración Bush.

Todo este proceso de financiarización de la economía norteamericana al que venimos aludiendo, tanto en su vertiente de endeudamiento masivo interno como en su muy significativa vertiente de endeudamiento externo, ha sido una variable particularmente relevante para la economía norteamericana (y por tanto para su posición hegemónica en el terreno internacional) durante los años noventa.¹⁶

El modelo de acumulación de EE.UU. durante los años '90

Tal y como señala François Chesnais,¹⁷ el destacado proceso de recuperación y crecimiento vivido por la economía norteamericana durante la década de los años '90, se ha apoyado fundamentalmente en una clave: la posibilidad de un endeudamiento en condiciones muy favorables. Esto ha permitido la conformación de un determinado "esquema de acumulación" particularizado para el caso de la economía norteamericana durante este periodo, que explicaría el singular diferencial de los fundamentos de dicha economía con los de Europa y, en menor medida, Japón, como podemos ver en el cuadro siguiente.

Dinamismo económico comparado (porcentajes de incremento medio anual)

	1990-1995	1995-2000	1990-2000
PIB			
EE.UU.	2,4	4,1	3,2
Japón	1,7	0,8	1,3
Alemania	2,0	1,7	1,9
Euro-12	1,6	2,5	2,0

Productividad del trabajo en el conjunto de la economía (PIB / trabajador)

EE.UU.	1,2	2,3	1,8
Japón	0,7	1,2	0,9
Alemania	2,1	1,2	1,7
Euro-11	1,9	1,3	1,6

Fuente: Brenner, R., 2003, p. 72.

16. Véase a este respecto Brenner R.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Ed. Akal, Madrid, 2003, caps. VIII, IX y X.

17. Chesnais, F.: "La Nueva Economía: una coyuntura singular de la potencia hegemónica americana", en Chesnais, F., Duménil, G., Lévy, D., Wallerstein, I.: *La globalización y sus crisis*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2002.

Así, el mantenimiento de una crecientemente inflada burbuja financiera en Wall Street a lo largo de la década de los '90, que responde tanto al proceso de financiación interno como a la llegada masiva de capitales financieros provenientes del ahorro japonés y europeo. Así como del reciclaje de petrodólares, ha posibilitado unos niveles de crédito muy laxos a las empresas y a los consumidores norteamericanos, incrementándose con ello, de forma crecientemente artificiosa, la demanda agregada de la economía. Ahora bien, este incremento de la burbuja financiera se llevó hasta niveles desorbitados, lo que, tarde o temprano, debía producir el necesario "aterrizaje". Baste con señalar, como muestra del desafortunado proceso especulativo vivido por los mercados financieros norteamericanos durante los años '90, que, durante más de 40 años, desde la segunda guerra mundial hasta mediados de los años '80, el índice de la bolsa de New York, el Dow Jones, no sobrepasó en ningún momento los 1.000 puntos, para pasar a superar los 11.000 puntos a finales de la década de los '90. De hecho, la capitalización bursátil mundial durante este primer periodo, 1945-1995, oscilaba en torno al 50% del PIB mundial, para pasar a ser de un 200% del PIB mundial tan sólo entre 1995 y 2000.

De esta manera, han sido las entradas masivas de capitales fruto de las necesidades de financiación del déficit comercial norteamericano, las que han posibilitado que el crédito ejerza el mencionado papel de "arrastre" sobre el resto de la demanda agregada, tanto sobre la inversión, como, especialmente, sobre el consumo privado. No debe olvidarse en este sentido el elevadísimo porcentaje que representa el consumo privado sobre el total del PIB en la economía norteamericana (cercano al 70%, a diferencia del caso europeo), y por tanto, la gran importancia que la evolución de dicha variable tiene. De hecho, Robert Brenner plantea cómo "al posibilitar el gran aumento del endeudamiento familiar y la caída del ahorro de los hogares, la exorbitante subida de los mercados bursátiles permitió un notable incremento del consumo personal, lo que ayudó a mantener la expansión [...] Entre 1985 y 1995 los gastos de consumo personal crecieron a una tasa media anual del 2,9 por 100, lo que daba cuenta, en términos de contabilización del crecimiento, del 67 por 100 del incremento del PIB aproximadamente; pero entre 1995 y el primer semestre de 2000 esa tasa se elevó al 4,3 por 100, al que correspondía en términos de contabilización del crecimiento el 73 por 100 del incremento del PIB."¹⁸

Pero "la hipertrofia de la burbuja bursátil no sólo aceleró el crecimiento del consumo, sino que también reforzó poderosamente -al posibilitar tanto el ya señalado aumento sin precedentes del endeudamiento de las empresas, como la radical reducción de los costes del capital mediante la emisión de acciones- el aumento de las inversiones, en un primer momento basado en la recuperación de la rentabilidad, que constituyó un factor decisivo en la fuerte expansión de la década de 1990."¹⁹ Durante estos años la inversión fija creció a una tasa superior al 8%

18. Brenner, R., 2003, p. 211.

19. *Ibid.*, p. 212.

Así, el mantenimiento de una crecientemente inflada burbuja financiera en Wall Street a lo largo de la década de los '90, que responde tanto al proceso de financiarización interno como a la llegada masiva de capitales financieros provenientes del ahorro japonés y europeo. Así como del reciclaje de petrodólares, ha posibilitado unos niveles de crédito muy laxos a las empresas y a los consumidores norteamericanos, incrementándose con ello, de forma crecientemente artificiosa, la demanda agregada de la economía. Ahora bien, este incremento de la burbuja financiera se llevó hasta niveles desorbitados, lo que, tarde o temprano, debía producir el necesario "aterrizaje". Baste con señalar, como muestra del desafortado proceso especulativo vivido por los mercados financieros norteamericanos durante los años '90, que, durante más de 40 años, desde la segunda guerra mundial hasta mediados de los años '80, el índice de la bolsa de New York, el Dow Jones, no sobrepasó en ningún momento los 1.000 puntos, para pasar a superar los 11.000 puntos a finales de la década de los '90. De hecho, la capitalización bursátil mundial durante este primer periodo, 1945-1995, oscilaba en torno al 50% del PIB mundial, para pasar a ser de un 200% del PIB mundial tan sólo entre 1995 y 2000.

De esta manera, han sido las entradas masivas de capitales fruto de las necesidades de financiación del déficit comercial norteamericano, las que han posibilitado que el crédito ejerza el mencionado papel de "arrastre" sobre el resto de la demanda agregada, tanto sobre la inversión, como, especialmente, sobre el consumo privado. No debe olvidarse en este sentido el elevadísimo porcentaje que representa el consumo privado sobre el total del PIB en la economía norteamericana (cercano al 70%, a diferencia del caso europeo), y por tanto, la gran importancia que la evolución de dicha variable tiene. De hecho, Robert Brenner plantea cómo "al posibilitar el gran aumento del endeudamiento familiar y la caída del ahorro de los hogares, la exorbitante subida de los mercados bursátiles permitió un notable incremento del consumo personal, lo que ayudó a mantener la expansión [...] Entre 1985 y 1995 los gastos de consumo personal crecieron a una tasa media anual del 2,9 por 100, lo que daba cuenta, en términos de contabilización del crecimiento, del 67 por 100 del incremento del PIB aproximadamente; pero entre 1995 y el primer semestre de 2000 esa tasa se elevó al 4,3 por 100, al que correspondía en términos de contabilización del crecimiento el 73 por 100 del incremento del PIB."¹⁸

Pero "la hipertrofia de la burbuja bursátil no sólo aceleró el crecimiento del consumo, sino que también reforzó poderosamente -al posibilitar tanto el ya señalado aumento sin precedentes del endeudamiento de las empresas, como la radical reducción de los costes del capital mediante la emisión de acciones- el aumento de las inversiones, en un primer momento basado en la recuperación de la rentabilidad, que constituyó un factor decisivo en la fuerte expansión de la década de 1990."¹⁹ Durante estos años la inversión fija creció a una tasa superior al 8%

18. Brenner, R., 2003, p. 211.

19. *Ibid.*, p. 212.

anual, de forma que la tasa de acumulación (inversión/stock) entre 1991–97 pasó del 8,2% al 11,1%, si bien el grado de utilización de la capacidad productiva instalada en el sector manufacturero apenas aumentaba, quedándose en un 83%.²⁰ Además, la inversión durante este periodo ha respondido igualmente, y en una importante medida, al papel de “arrastre” que estaba llevando a cabo el propio consumo a crédito, favoreciendo así el despliegue y la aplicación industrial de todo un racimo de nuevas tecnologías provenientes de los años ochenta (fundamentalmente, las llamadas tecnologías de la información y la comunicación).

Igualmente, será fundamental atender a este “empujón” sufrido por la inversión en la economía norteamericana durante los años ‘90, fruto del recurso al crédito masivo y en favorables condiciones, para poder explicar, a partir de la interacción del despliegue del mencionado racimo de nuevas tecnologías con los procesos de despidos masivos de fuerza de trabajo en las empresas, el relevante aumento de la productividad del trabajo. Estos aumentos de la productividad del trabajo en EE.UU. durante la década de los ‘90, en la medida en que no se han traducido en aumentos de los salarios reales de los trabajadores, han dado lugar lógicamente a un importante aumento de los márgenes de beneficio empresariales, reforzando con ello este precario proceso de acumulación.

De hecho, los diferentes estudios acerca de la evolución de la tasa de ganancia, como variable clave al tiempo que indicativa del proceso de acumulación de capital de la economía norteamericana, coinciden en señalar (a pesar de los diferentes niveles contrastados según la definición que se haga de tasa de ganancia) un aumento porcentual de un 4–5% en dicha tasa para el periodo de 1990 a 1997.²¹

Vemos así cómo el endeudamiento es una variable fundamental para entender el proceso de acumulación de capital en EE.UU. durante este periodo y, con ello, su particular carrera por la conservación de su hegemonía económica. Prescindir de dicha capacidad de endeudamiento en condiciones favorables, haría cortocircuito sin lugar a duda el mencionado proceso de acumulación de capital en EE.UU.

Como vemos, la secuencia real sobre la que ha descansado el proceso de crecimiento económico norteamericano y la generación de las tecnologías de la información y la comunicación durante los años ‘90, resulta ciertamente débil: es, básicamente, un desaforado consumo el que tira de la demanda agregada en su conjunto; consumo que responde en gran medida a las favorables posibilidades de crédito de la economía norteamericana. Sin embargo, estas favorables posibilidades de crédito de la economía norteamericana se deben en una importante medida a las grandes sumas de capital financiero llegado a EE.UU. desde el resto del mundo, mediante los tres mecanismos antes vistos (ahorro europeo y japonés en busca de rentabilidad, reciclaje de petrodólares y “subsidio gratuito” derivado de la aceptación incondicional del dólar como divisa internacional de reserva). De ahí

20. Palazuelos, E., 2000, p. 318.

21. Véase Brenner, R., 2003, p. 268; Duménil, G. y Lévy, D., 2002, p. 18; y Palazuelos, E., 2000, p. 319.

la importancia, como veremos, de impedir que dichos capitales puedan alterar sus flujos, y, en particular, aquellos derivados del reciclaje de las rentas del petróleo.

Pero a la interacción de estas cuatro grandes variables económicas vistas hasta ahora (déficit comercial, endeudamiento, renta petrolífera y crecimiento económico), debemos incorporar en adelante, y de cara a completar la visión multifacética que pretendemos mostrar de la estrategia estadounidense para mantener la hegemonía económica mundial, las siguientes variables: política comercial, política monetaria y cambiaria, y política laboral.

Vayamos en primer lugar con las dos primeras. Como acabamos de plantear, el histórico problema al que la economía norteamericana se enfrenta desde hace una par de décadas, y la razón por la cual se ve crecientemente cuestionada su posición hegemónica en la economía mundial, no es otro que su pérdida de competitividad comercial frente a Europa y Japón, debido fundamentalmente a los menores ritmos de crecimiento de su productividad del trabajo. Es decir, que el enfrentamiento interimperialista se materializa una vez más, a fecha de hoy, tal y como históricamente se ha venido materializando en la secular historia capitalista: la disputa entre los diferentes bloques económicos por apropiarse de los mercados internacionales de bienes y servicios en los que finalmente –y mediante la venta– se realiza la plusvalía generada en el proceso de producción. Este es el “problema” (generador por otra parte del déficit comercial norteamericano) al que la economía de los EE.UU. ha tratado de “dar solución” mediante diversos instrumentos complementarios, más allá del masivo recurso al endeudamiento ya analizado. Y, entre estos instrumentos encontramos precisamente la política comercial, la política monetaria y cambiaria, la política laboral y, finalmente la guerra.

EE.UU. ha venido manteniendo con la UE, y viceversa, una dura pugna en el terreno comercial durante los años ‘90 que se ha traducido en sucesivas y crecientes guerras arancelarias en los sectores aeronáutico, del acero, del plátano y de la agricultura transgénica, entre otros. Ante la imposibilidad de reducir por otras vías el déficit comercial norteamericano, la política comercial de las diferentes administraciones de EE.UU. durante este periodo, ha tomado la forma de un creciente proteccionismo (no tanto arancelario cuanto extraarancelario). Estableciéndose no sólo “regulaciones voluntarias” de exportaciones con Japón o significativas tarifas arancelarias sobre algunos productos europeos, sino también importantes medidas extraarancelarias (contingentes, cierre de mercados públicos a empresas extranjeras, abusiva utilización de normas técnicas y sanitarias...), así como generosas subvenciones a los exportadores norteamericanos. La legislación más importante al respecto ha sido la llamada Foreign Sales Corporation, una legislación (declarada ilegal y penalizada en mayo de 2003 por la Organización Mundial del Comercio) que permitía a las exportaciones estadounidenses ahorros fiscales de hasta un 30%.

Esta particular política comercial (particular en la medida en que es el propio adalid mundial del libremercado quien la lleva a cabo), ha sido igualmente practicada por el resto de potencias económicas durante este periodo. Ahora bien, esta política comercial ha encontrado, precisamente por tratarse de la potencia hege-

mónica, su reflejo en la propia política cambiaria de EE.UU., en un precario equilibrio entre ambas. Así, ante la creciente preocupación por la abultada magnitud y progresión del déficit comercial, las administraciones norteamericanas de lo largo de los años '90 han practicado un precario equilibrio, consistente en intentar tanto que el dólar no se revalorice en exceso respecto al euro (debido a que esto reduciría las exportaciones norteamericanas y encarecería sus importaciones), como en no dejar que se deprecie, debido a que esto reduciría la riqueza que los prestamistas internacionales (provenientes de Japón, Europa y de las petromonarquías) mantienen en Wall Street, con la consiguiente y peligrosa posibilidad de huida de capitales.

Es en este difícil equilibrio en el que se ha tenido que desenvolver la política cambiaria norteamericana durante los años '90, hasta que precisamente la guerra contra Irak le ha librado parcialmente de dicho corsé. No obstante, en este precario equilibrio, desde un primer momento, la administración Clinton se vio obligada a elegir fundamentalmente una política de "dólar fuerte", o apreciado, precisamente para no prescindir de aquello que era absolutamente necesario para el proceso de acumulación de capital: la llegada masiva de capitales financieros. Debido en parte a esto, el déficit por cuenta corriente experimentará un significativo empeoramiento durante los últimos años '90, y hasta llegar al 2003. Será tras la guerra, cuando, ante la seguridad de la llegada de los flujos financieros al margen de una depreciación del dólar, se opte por una política de "dólar débil" para fomentar las exportaciones.

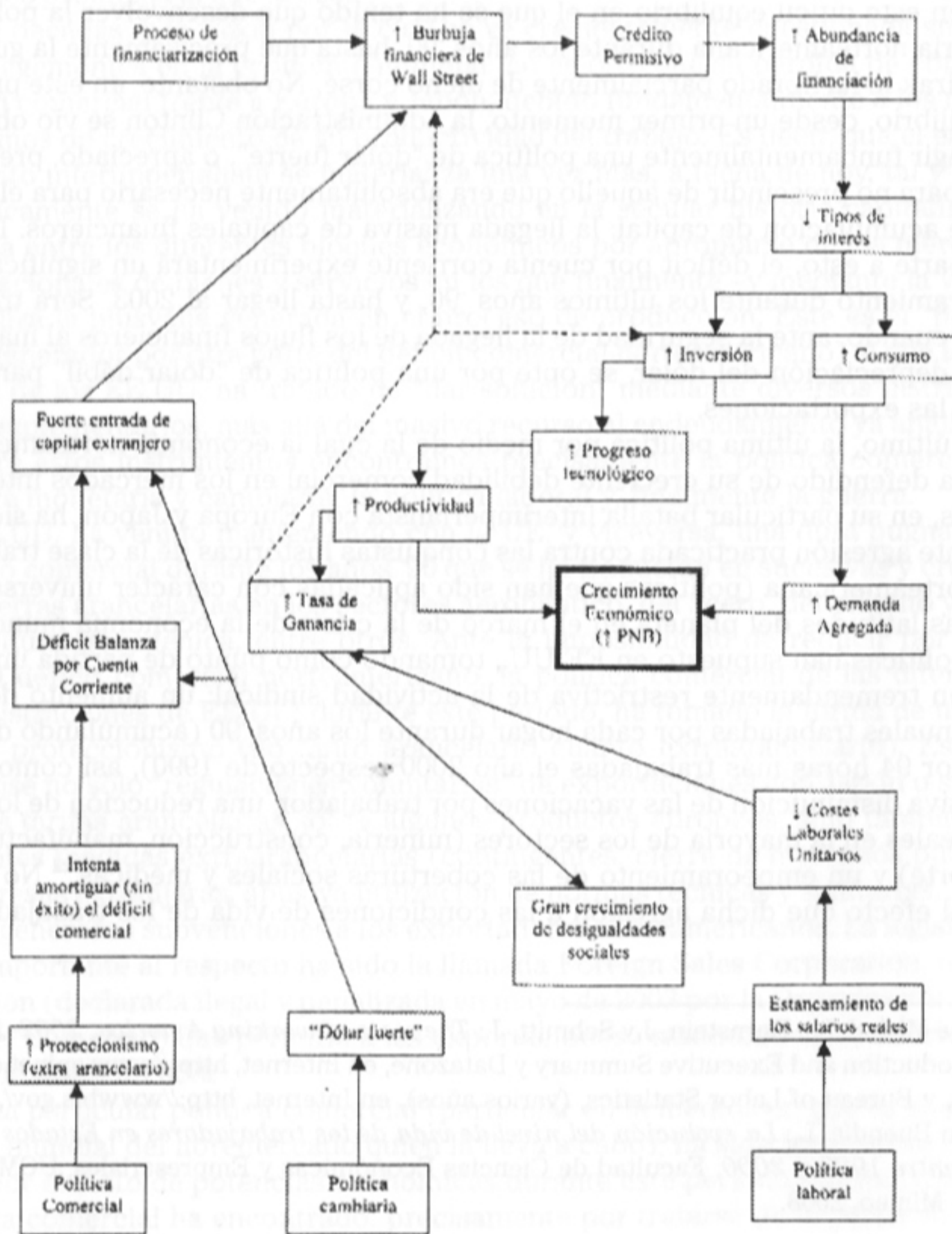
Por último, la última política por medio de la cual la economía norteamericana se ha defendido de su creciente debilidad comercial en los mercados internacionales, en su particular batalla interimperialista con Europa y Japón, ha sido la constante agresión practicada contra las conquistas históricas de la clase trabajadora norteamericana (políticas que han sido aplicadas con carácter universal en todas las latitudes del planeta en el marco de la crisis de la economía mundial). Estas políticas han supuesto en EE.UU., tomando como punto de partida una legislación tremendamente restrictiva de la actividad sindical: un aumento de las horas anuales trabajadas por cada hogar durante los años '90 (acumulando dicho indicador 94 horas más trabajadas el año 2000 respecto de 1990), así como una progresiva disminución de las vacaciones por trabajador, una reducción de los salarios reales en la mayoría de los sectores (minería, construcción, manufactura y transporte) y un empeoramiento de las coberturas sociales y médicas.²² No obstante, el efecto que dicha agresión a las condiciones de vida de los trabajadores

22. Véase Mishel, L. ; Bernstein, J. y Schmitt, J.: *The state of working America, 2002-2003*, (Introduction and Executive Summary y Datazone, en Internet, <http://www.epinet.org/>), 2003, y Bureau of Labor Statistics, (varios años), en Internet, <http://www.bls.gov/>, citado en Buendía, L.: *La evolución del nivel de vida de los trabajadores en Estados Unidos entre 1980 y 2000*, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, UCM, Madrid, Mimeo, 2003.

norteamericanos haya podido tener, ha sido desde luego matizado en términos de competitividad comercial frente a Europa, en la medida en que las políticas neoliberales y las diferentes reformas laborales han estado igualmente a la orden del día en el proceso de construcción de la Unión Económica y Monetaria, trasladándose los ataques contra las condiciones de vida de la clase trabajadora también a la otra orilla del Atlántico.

De esta manera, relacionando todas las variables vistas hasta el momento tendríamos el siguiente esquema causal:

Funcionamiento de la economía de los EE.UU. durante los años '90



Este es el esquema general sobre el que se ha asentado el curso de la economía norteamericana durante los años '90. Y este será el esquema que, ciertos acontecimientos pondrán en tela de juicio a finales de la década, de tal suerte que la guerra de ocupación contra Irak se alzará finalmente como aquel mecanismo que vuelva a permitir, con ciertas garantías de continuidad, el funcionamiento del precario vínculo entre endeudamiento exterior, crédito interior a los agentes de la economía norteamericana, financiación del consumo, crecimiento de la inversión y, finalmente, sostenimiento de la frágil tasa de ganancia empresarial y relanzamiento del proceso de acumulación de capital.

¿Qué factores son los que precipitarán en concreto la ruptura a finales de los años '90 de dicho esquema de crecimiento? Diversos elementos contribuirán a ello. Sin lugar a duda, el punto de inflexión en esta ruptura del esquema teórico planteado parece situarse en el "pinchazo", en la primavera de 2000, de la burbuja especulativa de Wall Street (pinchazo que obedeció, lógicamente, a la constatación por parte de los inversores de la escasa relación que los títulos bursátiles guardaban con los valores fundamentales –beneficio, productividad, nivel de endeudamiento, etc.– que las empresas norteamericanas mostraban en ese momento). A partir de esa fecha comienza una incipiente salida de capitales de Wall Street, con la consiguiente depreciación paulatina del dólar en los mercados internacionales, en especial frente al euro (que comenzará a ser ya muy significativa en el 2002 y, sobre todo, en el 2003).

Pues bien, desde el punto de vista de la dinámica de acumulación apuntada anteriormente para la economía americana, este pinchazo de la burbuja financiera, no por más previsible y lógico, introducía menores complicaciones. La complicación fundamental era de hecho la posibilidad de que, ante el reajuste de los títulos en los mercados financieros norteamericanos, los inversores internacionales deshicieran sus posiciones en EE.UU., recogiendo plusvalías. Las previsiones se cumplieron y las salidas de capitales pasaron a ser una realidad, realidad que cuestionaba directamente el propio corazón del esquema de crecimiento mantenido durante la década de los '90: las posibilidades de un creciente endeudamiento para mantener el déficit de la balanza comercial, financiar el consumo y arrastrar la inversión empresarial.

El volumen de los activos privados norteamericanos en manos de inversores extranjeros alcanza su valor más elevado (2 billón de dólares) en el año 2001, año del derrumbe bursátil. Dicho indicador, tras las incipientes salidas de capitales sufridas por la economía norteamericana desde entonces, pasará a situarse a mediados del 2003 en la mitad, 500.000 millones de dólares, ciertamente más limitado.²³ De hecho, como se comprueba en las balanzas de pagos de los años 2001 y 2002 antes vistas, constatamos una importante caída en los flujos financieros totales llegados a la economía norteamericana entre ambos años. Si bien estos flujos, lógicamente, continúan arrojando un saldo neto de entrada positivo para poder fi-

23. Clairmont, F.F., 2003, p. 14.

nanciar el déficit por cuenta corriente (las importantes caídas en la inversión extranjera directa llegada a los EE.UU. se ha compensado con las menores salidas en cartera norteamericanas).

Esta incipiente salida de capitales de Wall Street (que Clairmont contempla como “no más que un chorrito de agua, que podría transformarse en un maremoto”) contribuirá, entre finales del año 2000 y el segundo trimestre del 2003, a una pérdida de valor del dólar respecto del euro superior al 40%. Sin duda esto podría llegar a cuestionar el papel del dólar como moneda de reserva del sistema internacional de pagos, frente a un euro que crecientemente gana peso y entidad en la economía mundial. Y con ello podría llegar a cuestionarse el propio mecanismo del que tradicionalmente se ha dotado la economía norteamericana para financiar su saldo deficitario con el exterior en su balanza de pagos.

De este modo, existe el creciente riesgo para la economía norteamericana de que la incipiente fuga de capitales que ésta ha comenzado a experimentar tras el estallido de la burbuja financiera, termine por ser el preludio de una verdadera estrategia de “tierra arrasada” por parte de los inversores internacionales. Es en este inminente y probable riesgo donde hay que situar una de las claves económicas fundamentales para entender la guerra de ocupación contra Irak: el asegurar la continuidad de los flujos financieros llegados a Wall Street y, con ello, la financiación del proceso de acumulación de capital y el apuntalamiento de la hegemonía económica norteamericana. La guerra, definitivamente, ha permitido apuntalar la continua llegada de flujos financieros a la economía norteamericana, evitando la posible salida neta de capitales y la evaporación de sus mecanismos de financiación.

Cuestionamiento del dólar como divisa internacional de reserva y asalto final a Bagdad: el tiempo de la guerra

No obstante, han existido otros tres factores (esta vez de índole política y geoestratégica) que, unidos al proceso de incipiente salida de capitales financieros de la economía norteamericana, explicarían el creciente cuestionamiento al que se ha visto abocado el dólar durante estos últimos dos o tres años como moneda de reserva de los mercados internacionales. Y con ello, explicarían también el propio cuestionamiento de los diversos mecanismos de financiación tradicionalmente utilizados por la economía norteamericana.

Estos tres factores, a pesar de ser de naturaleza diferente, tienen un denominador común: su relación con las rentas derivadas de la venta del petróleo, situándose claramente todos ellos (junto con el pinchazo de la burbuja bursátil) como una arista explicativa fundamental para explicar el *tempo* de la guerra, así como la decisión relativa a cuando desencadenar el “asalto final” a Bagdad.

El primer factor viene dado por el cambio en las relaciones diplomáticas que ha tenido lugar entre EE.UU. y Arabia Saudí tras los atentados del 11 de Septiembre. El que en otro momento era el aliado incondicional de EE.UU. en la zona (y garante de sus intereses en la OPEP), pasaba a jugar un papel “deseablemente

prescindible”, ante las fundadas sospechas de que el régimen de Riad ha estado financiando durante estos últimos años a las organizaciones fundamentalistas. Se hacía por tanto imprescindible asegurar un nuevo enclave militar en la región, así como un nuevo bastión en el seno de la OPEP que garantizase que el comercio en dicha institución seguía haciéndose en dólares.

En segundo lugar, debemos fijar nuestra mirada en un fenómeno que está resultando ser decisivo en el tradicional “patio trasero” norteamericano: el impulso social que las clases trabajadoras y humildes están dando a Hugo Chávez en Venezuela. Dicho apoyo ha empujado al gobierno a adoptar una postura crecientemente hostil con los intereses norteamericanos. Venezuela suministra el 19% del petróleo que importa EE.UU., habiendo sido tradicionalmente un suministrador seguro en momentos decisivos (lo que ha permitido a los EE.UU., junto con el crudo de México, una ventaja comparativa frente a Europa). Este carácter de suministrador seguro que para los EE.UU. tenía Venezuela, ha cambiado con la llegada de Hugo Chávez al gobierno. Además, los diferentes proyectos de comercio tipo *barter* (es decir, sin usar divisas internacionales como contrapartida) de este gobierno con otros países latinoamericanos, establece un precedente de cuestionamiento directo del papel internacional del dólar.

Pero el factor, en tercer y último lugar, posiblemente más significativo y que más analistas han destacado,²⁴ es el relativo al posible cambio de la divisa que la OPEP utiliza para el comercio del crudo, lo que se traduciría *de facto* en un abandono del dólar como moneda de reserva en los mercados internacionales en beneficio del euro.

El comercio del petróleo en el marco de la OPEP se ha llevado a cabo siempre en dólares hasta hace un par de años. La primera señal de lo contrario vino de la mano del gobierno de Bagdad, al tomar éste la decisión, en octubre de 2000, de cambiar la divisa en la cual vendía su petróleo, en el marco del programa de las Naciones Unidas “Petróleo por Alimentos”: dejaría de ser el dólar y pasaría a ser el euro. Aunque, lo relevante de este proceso no fueron tanto las relativas ganancias obtenidas por Irak dada la coyuntura cambiaria internacional del momento, en el marco de unas devastadoras sanciones económicas contra el país, como el papel de “ejemplo a seguir” jugado por Bagdad para otros miembros de la OPEP; incluso para la propia OPEP.

El propio Hugo Chávez, según un artículo de Michael Ruppert, por boca de su embajador Francisco Mieres-López, ha anunciado en sucesivas ocasiones su futura intención de comenzar a comercializar su petróleo en euros. Igualmente, el par-

24. Véase Clark, W.: “The Real Reasons for the Upcoming War With Irak: A Macroeconomic and Geo-strategic Analysis of the Unspoken Truth”, *Independent Media Center*, January 2003; Gimpel, A.: “El verdadero motivo de la invasión a Irak”, 9/05/2003, Agencia Latinoamericana de Información. En www.nodo50.org/csca; Heard, G.: “An Economic Perspective On The War”, 23 March, 2003, Australia, publicado en www.GuluFuture.com.

lamento de otro importante miembro de la OPEP, en este caso Irán, ha discutido recientemente sobre la posibilidad de avanzar en un cambio de la divisa asociada al comercio de petróleo similar al de Irak. Angelica Gimpel Smith²⁵ señala, en esta dirección, como Irán ha cambiado durante el año 2002 la mayoría de las reservas de su banco central a euros, pareciendo cada vez menos lejano el intento del Parlamento iraní de aprobar un cambio de divisa en el comercio del petróleo.

Ahora bien, al margen de los casos particulares anteriormente señalados (Irak, Venezuela, Irán...), ya de por sí importantes en cuanto a la magnitud de su cuota comercial en el mercado mundial de petróleo, así como de otros más o menos simbólicos como el de Corea del Norte (en Diciembre de 2002 decidió adoptar el euro como divisa oficial en su paupérrimo comercio exterior), lo que sí que ha constituido un factor trascendental ha sido el hecho de que la propia OPEP se plantee en su conjunto, aunque todavía no abierta ni públicamente, el cambio en su divisa comercial, del dólar al euro. William Clark,²⁶ en un reciente ensayo recoge unas declaraciones muy clarificadoras al respecto de Mr. Javad Yarjani, Director del Departamento para el Análisis del Mercado de Petróleo de la OPEP, pronunciadas en el discurso oficial de su visita a España en Abril de 2002. Su discurso se centró precisamente de lleno en la cuestión del posible cambio de divisa, del dólar al euro, en el seno de la OPEP, planteando que “la cuestión que nos ocupa es si el euro logrará establecerse en los mercados financieros internacionales, desafiando de esta manera la supremacía del dólar norteamericano, y consecuentemente desencadenando un cambio en el dominio del dólar sobre los mercados de petróleo. [...] En el corto plazo, los miembros de la OPEP, salvo posiblemente algunas excepciones, tienen expectativas de seguir aceptando los pagos en dólares. Sin embargo, yo creo que la OPEP no descartaría totalmente la posibilidad de adoptar el euro en el futuro para la valoración y los pagos del petróleo. [...] Es muy probable que, a medida que el comercio bilateral se incremente entre Oriente Próximo y la Unión Europea, podría ser factible fijar los precios del petróleo en euros dado que Europa es el principal socio económico de dicha región. Si el euro desafiase al dólar con suficiente intensidad, lo cual se podría traducir en la denominación monetaria de la factura petrolera, podría ser que emergiera un sistema que beneficiara a más países en el largo plazo.”²⁷

Entonces, las consecuencias que dicho cambio en la moneda de comercialización del petróleo tendría para EE.UU. serían seguramente devastadoras en lo que a la conservación de su hegemonía económica mundial se refiere. Así, si la OPEP, o un número lo suficientemente significativo de países en su seno, decidiesen cambiar el dólar como moneda de valoración y comercialización del petróleo por el eu-

25. Gimpel, A., 2003, p. 2.

26. Clark, W.: “The Real Reasons for the Upcoming War With Iraq: A Macroeconomic and Geo-strategic Analysis of the Unspoken Truth”, *Independent Media Center*, January 2003.

27. *Ibid*, p. 10.

ro, las naciones consumidoras–importadoras de petróleo (la gran mayoría) se verían obligadas a deshacerse de las reservas de dólares mantenidas en sus bancos centrales y sustituirlas por euros. Este desprendimiento generalizado de dólares como moneda de reserva por parte de los bancos centrales de todo el mundo, profundizaría aún más en el proceso devaluador emprendido por el dólar desde el pinchazo de la burbuja bursátil de Wall Street. De esta manera, y en la medida en que de producirse este cambio supondría una devaluación del dólar aún mucho mayor que la ya iniciada por esta moneda a finales del año. Este cambio en la moneda de reserva del sistema retroalimentaría el propio proceso de salida de capitales de EE.UU., dado que se produciría, ante la devaluación del dólar, una ingente pérdida de valor de los activos de Wall Street denominados en dólares. En esas condiciones habrías resultado imposible seguir manteniendo la actual financiación exterior del déficit comercial, así como el elevado nivel de endeudamiento global.

Ante esta situación coyuntural, y derivado de la marcha de los acontecimientos recientes ya mencionados (pinchazo de la burbuja financiera en Wall Street, salida de capitales de la economía norteamericana, depreciación continuada del dólar frente al euro y cuestionamiento con ello del papel de reserva de dicha divisa), la economía norteamericana, y su “brazo político” la administración Bush, se encontraban según Geoffrey Heard²⁸ frente a un difícil dilema: o no intervenir en dicho proceso de cuestionamiento del papel del dólar como moneda internacional de reserva, aceptando la progresiva pérdida de su monopolio en favor del euro, o intervenir y tratar de evitarlo.

La administración Bush se decantó finalmente por seguir la segunda opción: la intervención, en este caso militar. Aunque, esta segunda opción, intervenir militarmente para –además de las razones ya apuntadas– mantener el papel del dólar como moneda de reserva en los mercados internacionales, ha supuesto también, indudablemente, muchos costes. En la medida en que en este momento preciso de la Historia reciente, la toma de control por parte de la potencia hegemónica del destino dado a la renta petrolífera no se podía hacer más que por la vía militar. El conflicto bélico ha supuesto una pérdida de legitimidad democrática y política ingente para el régimen político norteamericano en el contexto mundial, además de la generación de una creciente confrontación interimperialista con sus tradicionales aliados europeos.

Sin lugar a dudas, parece lógico señalar el hecho de que la administración Bush se ha visto forzada a cruzar esa línea trascendental en el curso histórico de toda potencia hegemónica (local, regional o mundial) en el seno de la fase imperialista del capitalismo, consistente en tratar de mantener desesperadamente la dominación económica real, aun a costa de cuestionar la propia capacidad de dominación “subjetiva” de los pueblos. El incremento exponencial del fundamenta-

28. Heard, G., 2003, p. 3.

lismo islámico, por otro lado terriblemente funcional a la propia lógica de acción-represión de los *halcones* de Washington, es una excelente prueba de ello. En cualquier caso, todo parece indicar que, al menos en lo que a la conservación de la hegemonía económica mundial se refiere, el coste de la primera opción –la no intervención– hubiese sido mayor.

Repetimos nuevamente, llegados a este punto, que este intento de la administración Bush por invertir la tendencia que venía manifestando el proceso de depreciación del dólar, así como la salida de capitales financieros de Wall Street, no debe ser entendida como la “causa última de la guerra”, como han pretendido numerosos analistas internacionales. La guerra se explica, como ya se ha dicho, por la confluencia de múltiples factores, entre los que destaca especialmente la necesidad de reordenar el mapa de Oriente Próximo, eliminando definitivamente (después de toda una década de asedio) a Irak como potencia regional emergente en una zona vital para los intereses geoestratégicos norteamericanos. Ahora bien, la necesidad que arrastra a lo largo de estas últimas décadas la economía norteamericana de controlar el destino del reciclaje de petrodólares (así como la divisa con la que se lleva a cabo el comercio de petróleo), favoreciendo su colocación en Wall Street como forma de financiar su proceso de acumulación de capital, y, concretamente, el cuestionamiento del ejercicio de dicho control, parecen haber marcado definitivamente la ubicación temporal de la guerra y de la posterior ocupación de Irak.

Es ahora por tanto, una vez abordadas las relaciones fundamentales entre las variables económicas clave del crecimiento económico norteamericano durante los años ‘90, cuando podemos establecer el vínculo de estas con la trayectoria general de la política comercial seguida por la administración Bush tras finalizar la guerra, una vez que la ocupación de Irak estaba ya garantizada. Y es ahora también cuando se cierra el círculo de interrelaciones entre las diferentes variables económicas aludidas a lo largo de estas líneas (déficit de la balanza por cuenta corriente, endeudamiento, crecimiento económico, política comercial, política laboral y política cambiaria).

Vimos ya como la economía norteamericana se tuvo que mover durante los años ‘90 en un precario equilibrio en cuanto a su política comercial y cambiaria, estableciendo todo un instrumental crecientemente proteccionista (aranceles, subvenciones ocultas a las exportaciones...), al tiempo que se debatía entre promover un “dólar fuerte” o un “dólar débil”. La pérdida acumulada de competitividad en los mercados internacionales de bienes y servicios de EE.UU. frente a los productos de la UE y Japón, ha requerido no sólo de un encubierto *dumping* comercial junto a significativos aranceles en algunos sectores, sino también, posiblemente, de un continuado “dólar débil” durante los ‘90 que hubiese permitido favorecer las exportaciones estadounidenses. Ahora bien, eso resultaba un escenario ciertamente inalcanzable.

Una política de “dólar débil”, tal y como demuestra precisamente la apuesta por un “dólar fuerte” iniciada a principios de los años ‘90 por la administración Clinton, habría tenido un coste insostenible para la economía norteamericana: la

reducción de la riqueza financiera de los activos denominados en dólares mantenidos por los inversores extranjeros en Wall Street, con el consiguiente abandono progresivo de dicha plaza y la salida de capitales del país (precisamente eso que la guerra ha conseguido, al menos momentáneamente, evitar).

Un “dólar débil”, en dicho contexto de fragilidad financiera, habría impedido toda la secuencia vista de aumento del crédito agregado y, por tanto, de arrastre del crecimiento económico. Las únicas políticas comerciales posibles pasaban fundamentalmente por subvenciones encubiertas a los sectores exportadores, restricciones extra arancelarias crecientes a las importaciones, además de un continuo abaratamiento de los costes laborales unitarios mediante la permanente agresión a las conquistas históricas de los trabajadores.

Sin embargo, el final de la guerra contra Irak y la posterior ocupación del país, darán un giro a este precario equilibrio, flexibilizándolo significativamente. La explícita apuesta de la administración Bush, hecha pública inmediatamente después de terminada la guerra a través del Secretario del Tesoro John Snow, por mantener de manera prolongada una política de “dólar débil”, sólo puede ser entendida derivada de la posición internacional de fuerza en que se encuentran los EE.UU. tras la guerra, y con la posterior ocupación del territorio nacional iraquí. Esta posición internacional de fuerza garantizará el control por parte de EE.UU. sobre el reciclaje de los petrodólares en Wall Street, así como sobre la decisión de la OPEP de qué divisa debe utilizarse en el comercio del petróleo.

Estos factores han redundado lógicamente en la posibilidad de proyectar nuevamente hacia el futuro el esquema de acumulación mantenido por la economía norteamericana durante la década de los ‘90. Así, al tiempo que, de mantenerse, la política del “dólar débil” favorecerá una mejora en la competitividad de los productos norteamericanos en los mercados internacionales, la continuidad mantenida en las llegadas netas de capital financiero a Wall Street permitirá seguir financiando los déficits exteriores de la balanza de pagos, también favorecer un crédito flexible y un alto endeudamiento de trabajadores y empresas que hagan de correa de transmisión de la demanda agregada, interaccionando todo ello a favor de nuevas posibilidades de relanzar la acumulación de capital y las ganancias.

Pauperización social y guerra

Es en este punto donde se puede comenzar a atisbar cómo, en el corto y medio plazo, la guerra emprendida por los EE.UU. ante la abierta oposición de sus tradicionales socios europeos (especialmente Francia y Alemania, aunque también Rusia), estaría dando los frutos que cabría esperar: la conservación y consolidación de esa pretendida hegemonía mundial. Ciertamente, la importante oposición mostrada en el seno del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por los representantes alemán, francés y ruso, respondía, además de a la incuestionable presión interna de las poblaciones de esos países frente a la guerra, al intento de sus cla-

ses dirigentes de no facilitar en ningún momento su paso a situaciones de mayor subordinación en la correlación de fuerzas interimperialistas.

No obstante esta posición de abierto enfrentamiento interimperialista tornó tras la guerra –y una vez establecida la correlación final de fuerzas– en una postura mucho más comedida, cuando no claramente seguidista, por parte de los anteriores opositores europeos. Es más, resultarán a este respecto sumamente esclarecedores los procesos políticos abiertos en Francia y Alemania inmediatamente después de la guerra. En ambos países, una vez cerrada la incertidumbre sobre la contienda bélica y ratificada la momentánea correlación de fuerzas frente a la economía norteamericana, se ha optado por unas reformas laborales cuyo eje central es un durísimo ataque a las conquistas históricas del trabajo. Así, en Francia el Gobierno de Jean–Pierre Raffarin presentaba en mayo un severo plan para reformar las pensiones, retrasando la edad de jubilación, plan que era contestado con importantes manifestaciones y huelgas por todo el país. Igualmente, en Alemania, en este caso el gobierno de la socialdemocracia junto con los verdes, se presentaba la Agenda 2010, un plan de reformas encaminado a reducir las prestaciones por desempleo, enfermedad y jubilación, que también era duramente contestado desde el ámbito sindical.

En el fondo, no parece arriesgado interpretar estos ataques contra las condiciones de vida de la clase trabajadora francesa y alemana, como la única “huida hacia delante” que, en un momento de importante crisis económica y tras el triunfo de la estrategia bélica, se ha podido permitir el corazón industrial de la vieja Europa. La respuesta interimperialista que la Europa continental ha presentado ante el “tirón” norteamericano, en un momento en el que incluso se bordea la deflación germánica,²⁹ ha sido el tradicional recurso de la pauperización social, que debería permitir en última instancia reducciones en los costes laborales y ganancias en la competitividad del comercio internacional, así como relanzar el crecimiento económico.

Como se advirtió en un primer momento, hemos analizado a lo largo de estas líneas el curso del despliegue de aquellos mecanismos económicos de los que se ha servido la potencia hegemónica para proyectar en el tiempo su posición de relativo dominio. No obstante, resulta imprescindible recordar que el despliegue histórico de estos mecanismos es un despliegue que ha sido llevado a cabo por las clases dominantes de los respectivos bloques comerciales. Y no sólo en defensa de sus propios intereses económicos (no existe nada parecido a los “intereses nacionales” para aquellos que sólo les queda vender su fuerza de trabajo en mercados crecientemente precarizados); sino, precisamente, a costa de los intereses y de las condiciones de vida de las clases trabajadoras de los diferentes países.

La lucha interimperialista por la hegemonía mantenida por los diferentes segmentos dominantes de la economía mundial, contrasta sin embargo con el aplas-

29. Véase Krugman, P., “¿Está el mundo cayendo en un atolladero económico?”, *El País*, 02/06/2003.

tante consenso con el que recaen la políticas neoliberales y de ajuste estructural sobre los trabajadores de todo el mundo (desregulación de los mercados laborales, restricción de la actividad sindical y fin de la negociación colectiva, reducción de los salarios reales, surgimiento del trabajo temporal y precario...) Además, los ingentes costes económicos que ha tenido la guerra contra Irak, así como los que tendrá la ocupación prolongada del país se pagarán en una importante medida mediante los impuestos de la clase trabajadora norteamericana, y se los embolsarán fundamentalmente las empresas del sector militar-industrial. Ambos temas –guerra y pauperización social de la clase trabajadora– aparecen por tanto como inseparables en el plano teórico (y por supuesto en el político), en la medida en que ambas variables son el resultado particular del despliegue de las necesidades sistémicas de la lógica del capital. A ambas habrá que hacerles frente por tanto, desde un discurso sindical y antiimperialista que las entienda como tales necesidades sistémicas, y no tanto como elementos aislados, coyunturales y sin relación entre sí.

RESUMEN

El presente trabajo analiza la secuencia real mediante la cual se desplegó el crecimiento económico y la acumulación de capital en los EE.UU. durante la década de los 90. Esa secuencia descansaba en un desaforado consumo que arrastraba la demanda agregada en su conjunto y que dependía de favorables posibilidades de crédito. Estas, a su vez, dependían de la afluencia de capital financiero proveniente de Europa y Japón, del reciclaje de petrodólares y del subsidio implícito en la aceptación incondicional del dólar como divisa internacional de reserva. A fin de los años 90, la incipiente salida de capitales, con la consiguiente depreciación del dólar, comenzó a poner en cuestión el esquema de crecimiento mantenido durante la década, insinuando la posibilidad que el dólar perdiera su rol como moneda de reserva en el sistema internacional de pagos y erosionara la hegemonía económica norteamericana. En este marco, la guerra contra Irak apunta a asegurar la permanencia de llegada de flujos financieros a la economía norteamericana, evitando la posible salida neta de capitales y la evaporación de sus mecanismos de financiación.

ABSTRACT

This paper analyses the real sequence of economic growth and capital accumulation in the U.S. during the 90's. This sequence was based on unbridled consumption which carried along overall aggregate demand and depended on favorable credit possibilities. The latter, in turn, depended on the flow of financial capital from Europe and Japan, on the recycling of petro-dollars and the subsidy implicit in the unconditional acceptance of the dollar as an international currency reserve. At the end of the 90's, the incipient outflow of capital, with the consequent dollar depreciation, began to bring into question the growth pattern maintained during the decade, insinuating the possibility that the dollar

would lose its role as a reserve currency in the international financial system and erode American economic hegemony. Within this context, the war against Irak aims at ensuring the continued flow of funds into the American economy, avoiding possible net capital outflow and the disappearance of its funding mechanisms.

Bibliografía

- Arrizabalo, X. (ed.), *Crisis y ajuste en la economía mundial*, Ed. Síntesis, Madrid, 1997.
- Brenner R., *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Ed. Akal, Madrid, 2003.
- Buendía, L., *La evolución del nivel de vida de los trabajadores en Estados Unidos entre 1980 y 2000*, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, UCM, Madrid, Mimeo, 2003.
- Bureau of Economic Analysis, US Department of Commerce, 2003.
- Chesnais, F., "La Nueva Economía: una coyuntura singular de la potencia hegemónica americana", en Chesnais, F., Duménil, G., Lévy, D., Wallerstein, I., *La globalización y sus crisis*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2002.
- Clark, W., "The Real Reasons for the Upcoming War With Iraq: A Macroeconomic and Geo-strategic Analysis of the Unspoken Truth", *Independent Media Center*, January 2003.
- Duménil, G. y Lévy, D., "Salida de crisis, amenazas de crisis y nuevo capitalismo", en Chesnais, F., Duménil, G., Lévy, D., Wallerstein, I., *La globalización y sus crisis*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2002.
- Duménil, G. y Lévy, D., "Capital financiero y neoliberalismo: un análisis de clase", en Guerrero, D. (ed.), *Macroeconomía y crisis mundial*, Ed. Trotta, Madrid, 2000.
- Fernández, R., *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente. El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak*, Virus Editorial, Barcelona, 2003.
- Flow of Funds Accounts of the United States. Annual Flows and Outstandings, 1995-2002*. Federal Reserve, USA.
- Gill, L., *Fundamentos y Límites del Capitalismo*, Ed. Trotta, Madrid, 2002.
- Gluckstein, D., *Lucha de clases y mundialización*, POSI, Madrid, 2001.
- Gowan, P., *La apuesta de la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperalismo euro-estadounidense*, Akal, Madrid, 2000.
- Martínez González-Tablas, A., *Economía Política de la Globalización*, Ariel, Barcelona, 2000.
- Medialdea, B. y Martínez González-Tablas, A., "Reflexión crítica sobre la globalización financiera", en *Ekonomiaz*, nº 48, Vitoria-Gasteiz, 2001.
- Palazuelos, E., *Estructura económica de Estados Unidos. Crecimiento económico y cambio estructural*, Ed. Síntesis, Madrid, 1998.
- Palazuelos, E., *La globalización financiera*, Ed. Síntesis, Madrid, 1998.
- Petroleum Supply Monthly Energy Information Administration*, U.S. Department of Energy, junio 2002.
- Statistical Review of World Energy*, British Petroleum, 2002.
- Varea, C y Maestro, A., *Guerra y sanciones a Irak. Naciones Unidas y el nuevo orden mundial*, La catarata, Madrid, 1997.